

ESTUDIOS SOBRE EL SUBDESARROLLO COLOMBIANO

PRÓLOGO

Mario Arrubla Yepes

Medellín, Editorial La Oveja Negra, 1969.
Bogotá, Ediciones el Tigre de Papel, 1971.
Medellín, Editorial La Carreta, 1978.

ESTUDIOS SOBRE EL SUBDESARROLLO COLOMBIANO

—Mario Arrubla Yepes—

PRÓLOGO

“El modelo que proponemos para Colombia no es el de una nación llena de campesinos propietarios laborando sus pequeñas propiedades con herramientas de mano, sino más bien el de un país como Canadá o Estados Unidos, en donde un número relativamente pequeño de hacendados, cultivando la mejor tierra y empleando técnicas modernas y mucha maquinaria, han alcanzado enormes progresos en la productividad agrícola, con el consecuente bienestar para sus países. La escogencia entre dos modelos será decisiva para el futuro de Colombia”. (Lauchlin Currie, *Operación Colombia*. Ed. Biblioteca de Estudios Económicos).

Este texto define la Operación Colombia, el programa de desarrollo propuesto por Lauchlin Currie, tanto en forma positiva como en aquello que la diferencia de la Reforma Agraria impulsada principalmente por Carlos Lleras. Tanto en su espíritu como en los resultados prácticos que persiguen, las posiciones de Currie y Lleras se inscriben en una relación históricamente antitética. Mientras Currie se declara partidario del proceso de disolución de la propiedad privada campesina, y favorece la introducción de maquinaria y la aplicación de técnicas modernas en la agricultura, la Reforma Agraria puesta en práctica por el Frente Nacional busca fortalecer al campesinado por medio de la propagación de las unidades agrícolas familiares –lo que Paul Baran denomina los “tugurios rurales”– como un dique contra la corriente en marcha que incorpora el capital al campo.

La relación antitética en que se encuentran los dos programas mencionados no impide que, con respecto a la crisis que atraviesa el sistema socio-económico imperante, uno y otro persigan en última instancia propósitos parecidos. Es así como Currie, después de criticar la Reforma Agraria, manifiesta que “uno debe estar de acuerdo con los objetivos del proyecto, ya que [...] la situación de la población rural de Colombia es [...] socialmente peligrosa”. Enfrentando específicamente la desocupación rural y sus peligros en el orden político, los dos programas persiguen un objetivo general idéntico: la defensa de las instituciones democráticas en los marcos del capitalismo. Con ese objetivo en mente, la Reforma Agraria propone repartir parcelas en aquellas áreas en que la tensión social reviste características explosivas, con un criterio de orden público y sin preocuparse de las perspectivas de desarrollo. Por su parte, en una situación que Currie denomina “el más angustioso problema social de nuestros tiempos”, ante el cual “no es de maravillarse que las personas pensantes estén hondamente preocupadas”, problema que consiste en “una situación social extremadamente explosiva y peligrosa [...] entre un gran número de gentes ignorantes, desesperadas y resentidas que creen que no tienen nada que perder con cualquier cambio y que no se encuentran adaptadas al actual sistema económico que, por otro lado, no les ofrece ninguna esperanza” (Operación Colombia, p. 7,) en esa situación, decimos, el programa ofrecido por Currie se presenta como una solución capaz de “combinar el progreso y la preservación de las instituciones libres”, ello por medio del desarrollo intensificado del capitalismo – tecnificación de la agricultura y la ganadería, migración hacia las ciudades de la población rural desplazada, absorción de los nuevos proletarios por las industrias de transformación.

El proceso de descomposición del campesinado es un fenómeno que, en la historia de los países avanzados de Occidente, fue parte esencial de lo que Marx denominó la acumulación originaria del capital. Ni las mercancías, y ni siquiera el dinero, son de por sí capital. Para que exista el capital, “han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías: de

una parte, los propietarios de dinero, de medios de producción y artículos de consumo, deseosos de explotar la suma de su propiedad mediante la compra de trabajo; de otra parte, los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo” (Marx, *El Capital*). El desarrollo del capitalismo coincidió con “el proceso histórico de disociación del productor y los medios de producción”. Los capitalistas, para establecer su poder, necesitan que, al frente o al margen de ellos, exista una amplia masa de trabajadores libres, lo que quiere decir sin sujeciones sociales y sin ninguna propiedad. Ni los trabajadores personalmente sometidos de órdenes sociales anteriores (esclavos y encomendados), ni los aparceros fijados a la tierra por cargas y deudas con terratenientes, ni los artesanos ni los pequeños propietarios campesinos son trabajadores libres normalmente utilizados por el capital. En el desarrollo “clásico” del capitalismo, la creación de proletarios tuvo como principal fuente el campesinado y su descomposición. Entre las principales fuerzas creadoras de la población asalariada se cuentan los terratenientes convertidos en hacendados o que arriendan sus tierras al impulso de la economía monetaria, y la fuerza estatal utilizada por las nuevas élites, urbanas y rurales, para impulsar el desalojo de los campesinos y castigar a los remisos. Los proletarios que no fueron enganchados por el capital no por ello dejaron de cumplir un papel importante: conformaron –continúan conformando– el “ejército de reserva”, necesario al mantenimiento de una “saludable” competencia entre los vendedores de la fuerza de trabajo.

El marco en que se inserta el proceso, acelerado en los cincuenta, de descomposición del campesinado colombiano difiere notablemente de aquellos moldes clásicos. El surgimiento de la industria colombiana no conllevó una transformación más o menos drástica de las relaciones de propiedad imperantes en el campo.